

Concepción, Julio 1978.

*ESE UNIVERSO LIMITADO.*

Sólo estaban ellos dos, flotando en ese universo de gravedad reducida.

Se movió con pereza, amodorrado en la seguridad de su cápsula envolvente, tratando de vencer el embotamiento para meditar en el Mensaje.

Aquella Voz había retumbado, llenando los espacios a través de la penumbra. En su somnolencia captaba el peligro y el riesgo de su propia inacción. Habría problemas en el descenso; tal vez —había dicho la Voz—, si solamente estuviese uno de ellos allí, todo iría bien, pero...

No quedaba otra opción. Miró al Otro, dormido en su cápsula, tranquilo, como pretendiendo ignorar que su mera presencia era ya una amenaza.

Quizá fuese mejor esperar, por si aquella Voz enviaba otro mensaje; en cualquier caso, tendría tiempo hasta la nueva claridad, que señalaría el momento de iniciar el descenso; pero también era posible que el Otro intentase algo. Justamente, ahora abría sus ojos y lo miraba, inexpresivo. Casi de inmediato, sin embargo, volvió a dormirse.

Con movimientos muy medidos, dirigió su cápsula, rozando la del Otro, hasta topar con el conducto de energía. Entonces presionó, firme y prolongadamente, viendo los espasmos del Otro, súbitamente despierto, agitándose en el interior, ahogándose, hasta quedar finalmente quieto, con el rostro crispado, flotando...

Luego llegó la oscuridad. Se repitió, una y otra vez, que el descenso estaba asegurado.

\* \* \*

El médico echó un rápido vistazo al señor N. Se quitó la bata.

— La madre está en perfectas condiciones, pero uno de los niños nació muerto; el cordón umbilical, lo siento... Ya le había dicho, ¿recuerda?, que podía haber complicaciones. El otro está muy bien; se le ve sano y robusto.

---

## INTRINGULIS.

He muerto por rotura de aneurisma. Eso creo entender, aunque el fondo de la cuestión me resulte confuso. En cualquier caso, de partida no me agrada ese nombre cursi como causa del deceso: me sugiere venas resblandecidas en ampollas internas, reventando sobre vísceras confusas. Si tengo tiempo, consultaré la Enciclopedia. Aunque no puedo tener tiempo, no puedo dejar de pensar, pienso ahora, algo perplejo, mientras me miro en este espejo, dispuesto a empezar este día, con la brocha de afeitar en la mano, decidido a estirar mi conciencia vigilante con voluntad transida de temor.

Algo semejante fue mi vida, lanzado al triunfo desde hace tiempo, siempre en progreso continuo y sin descanso, un éxito tras otro, y siempre otra etapa que alcanzar. Lo mismo con María (y Enriqueta), una trama de gestos cotidianos, mantenida conjurando el vacío, por imposibilidad, por falta de tiempo, por rito innocuo establecido. Por lo mismo llora hoy, estoy seguro, María (y Enriqueta).

Se contemplo en el espejo con pasmo renovado, a esta hora en que ya algunos leerán con agrado, de eso estoy cierto, las distintas versiones de mi nota necrológica. Mientras tanto, sigue mi conciencia impulsada por la feroz rutina del vivir, alentando en este sujeto que se mira desconfiado, en un tenaz esfuerzo que, si cede, será la muerte absoluta, la nada como un estallido pavoroso.

Mirándome fijamente a los ojos, me enjabono el rostro con prisa y con temor.

PATRICIO OYANEDER JARA.

---

---

*RETRATO.*

Escorzo a contraluz:

cuerpo firme,

tu sonrisa

reúne

nuestros tiempos

y,

por un momento,

nos salva del olvido,

del temor,

y de la muerte.

*PATRICIO OYANEDER JARA.*

---



---

## FLORILUQUIO

No podrás sospechar  
cómo te puedo querer  
ni hasta cuándo...  
porque la flor no sabe  
de sus pétalos  
ni los pétalos de la flor;  
y sólo los junta el jardinero  
y los separa el viento  
y mi amor es tu amor.

\* \* \*

Una se entrega sin trampa  
a las palabras...  
quizás alguien les pone  
un cebo a cada una,  
a veces, el dolor  
parece grito, a veces  
la ternura, golondrina.  
Dime, tú rosa, cómo te llamas  
y dime, tú mujer,  
si eres la misma  
porque cuando más mía  
me he sentido  
he sido siendo flor.

IRMA HERMIDA LABARCA.

---

---

*ANILLO*

Metales, que una alquimia  
que no puedo entender, ha fundido,  
tú y yo cerramos un ciclo  
de destino sobre la tierra.

Y aunque desistas de mirar  
ese charco que descubrimos juntos  
y aunque el altoparlante  
cese su música de carrusel  
y aunque estés rodeada  
de un sol que no conozco,  
y vivas en constelaciones  
que desconozco,  
tú y yo cerramos el ciclo  
de la miseria de un amor  
sin destino sobre la tierra.

---

## HUMO

En las mañanas  
—no es el amor  
y es casi su figura—  
húmedo estío  
de mirada oscura,  
suave —por la neblina  
se viene del mar—  
Agil, un soplo de alas,  
apenas —casi el cuerpo—  
en entresueños,  
el alma es un vahaje,  
como la última estrella  
viene del mar.

Deja en los labios  
una ansiedad salobre.  
Detrás de los cerros,  
entre la niebla,  
en una población del puerto  
—en una casa que desconozco—  
estás tú,  
y bajas en la mañana  
y es el sol tu imagen.

¡Oh! sol de ocaso prematuro,  
la herida profunda  
su verdor mantiene,  
declinará temprano  
—olvidaré tu imagen—  
empero, aquel ardor perdurará.

JORGE MENDOZA.

---

---

*EL CAMINO*

Qué largo este camino recorrido  
Después de ver las auroras, reverdecer los tilos  
el agua serpenteando entre las piedras  
Estoy aquí, a la vera del camino, cansado.  
y contemplo mi sombra dibujada sobre la polvareda  
Mi traje raído por tantos vientos.  
Recuerdo su color transparente como el aire  
Qué cansancio, tantas caras en el bosque inmóvil.  
*Sin embargo,*  
tomo mi bastón, cojo la mochila  
y emprendo nuevamente la marcha.

*JORGE SALGADO S.*

*DULCINEA*

Ensillo mi caballo  
y regreso a mi mundo fantasmagórico  
donde *combato con molinos y gigantes.*  
Y tú, Dulcinea  
retratas el hueco que dejo en el lecho  
y un hijo ausente  
grita por verme cabalgar  
por las estepas de Castilla.

*JORGE SALGADO S.*

---

## EL FESTIN

Una niña me mira desde el fondo del aula.

—Qué lata. Toda la hora sentado. Oír el eco seco de las hojas al doblarse.

La miro intensamente. Ella se sonroja. De pronto, se levanta dando chillidos y bailando alrededor de los bancos. Todos continúan, impávidos, garrapateando sobre unas enormes hojas de papel.

La veo en el frontis de la puerta. Se acerca corriendo, con un hacha, hacia mí.

Siento el acero penetrar en mi mano y cercenarla del cuerpo. La veo sola, apuñada, estremeciéndose en un espasmo de agonía. Ella me sonríe bestialmente. Sus ojos gatunos penetran por mis pupilas.

—Señor, no entiendo bien esta pregunta. Debo contestar según lo acostumbrado o según mi pensamiento?

Ella escribe, con su sombrero salpicado de colores.

—Sí, escriba según lo que quiere expresar.

El lápiz, recortado en su impermeable blanco mate, hace círculos en el aire.

—Vaya qué lata. Cientos de ojos convergen hacia el centro donde, como gran amo, controlo el devenir de sus ideas. Presiento que, despedazado como estoy, seré arrojado a las aguas para disolverme en el mar. Creo que eso harán. Qué extraño. Sólo sombras, fragmentos de imágenes.

Alguien murmura una oración. Quiero escuchar, pero calla. Algo están tramando. Posiblemente una orgía o un festín. Sí, eso debe ser. Conversan entre sí. Sacan cuchillos, cucharas, tenedores. Hasta servilletas.

—¿Ud, qué hace Ud? ¿A ver, ese libro? ¡Pásemelo! ¿Qué no es la materia Hummm, bueno. Otra vez y ... Trabaje tranquilo.

Forman una fila. Una mira a la otra como disculpándose de algo. Estoy aterrado. Hacen círculo. Cantan en voz baja. Me hacen morisquetas.

—¿Se puede ejemplificar con símbolos?

—¡Claro que puede! Hágalo.

Es un torbellino. Da vueltas y vueltas. Sus rostros ávidos se agrandan cada vez más. Un enorme colmillo se hunde. Luego siguen los otros. Es un griterío. Un zumbido, parecido a los zancudos, desfila alrededor de mi pupitre. Las alas murciélagas golpean mi rostro destrozado por el acero y los dientes.

La música frenética de los bongoes plasman manchas violáceas en las paredes.

—Quedan cinco minutos. Apúrense.

Luego, la procesión hacia la luz. Esas escaleras marmóreas resuenan en mi nicho. El ruido de la puerta hace estremecer los cirios ya apagados. Me miran. Rezan un padre nuestro. Se inclinan y se retiran respetuosamente. Uno que otro, dolorido, tal vez, por mi macabra muerte, se condeule lanzándome furtivas miradas. Ahí, tras de mí, está la gran lápida que relata mi fecha. Estoy quedando solo. El sopor me inunda. Siento náuseas de estar aquí, víctima de mi muerte. Unas voces lejanas juegan entre las persianas.

—Señor, señor, despierte. Hemos terminado. Yo soy el último.

—Perdón. He dormido muy mal anoche. Ayúdeme con estas hojas. Gracias. Hasta luego.

Se aleja, haciendo resonar los tacos en la bóveda. Yo me levanto. Arreglo mi cuchillo, mi cuchara, mi tenedor. Los guardo en la maleta y hasta el próximo festín.

## LA PUERTA

\* \* \*

—¡Federico, Federico!

Su rostro, dibujado en la ventana, parecía penetrar más allá del horizonte. Algo indefinible circundaba sus ojos.

—“Hoy debo decirte adios. Lo he consultado con ellos”.

Nunca me había imaginado una escena semejante. Ridícula. Sin sentido. Plagada de supercherías. Ese día estaba con un vestido rojo, casi transparente, bordado delicadamente con pequeños arabescos.

—“Es un mensaje. Tú no lo entenderás nunca”.

Era cierto. Lo único que deseaba era estar a su lado. Acariciar su cuerpo ansioso. Sentirla junto a mí. Y por sobre todas las cosas, oír su voz. Era hermosa, sin duda.

—“Me dijeron que un círculo tenebroso se interpone en nuestra ventana. Debe ser pronto”.

Al diablo todo ésto. Lo que sucede es que me quieres dejar. Te has enamorado de otro y no eres honrada para confesarlo. Debieras haber inventado una mentira más veraz.

Sentí su beso tierno y cálido en mis labios. Su mano se posó en mis cabellos. El temblor de sus dedos y un sollozo contenido.

—“Es tarde. Debo irme”.

La vi correr rápidamente por entre las flores. Ellos la esperaban. Siempre ellos.

\* \* \*

—(Sé que regresará. Ella sabe que la espero. Todas sus cosas están como ella las dejó. El oso de ojos negros, su pequeña muñeca vestida de bailarina. Ellos tienen que dejarla un día. Desde lejos siempre divisaba sus negras siluetas recortadas en la claridad nocturna. Abrazada junto a mí, murmuraba: “¿Me olvidarás? ¿Te acordarás de mi cuerpo, de mis ojos, de todo este amor que te tengo? Debo irme. Ellos, ya han llegado”.

Cuando la tomaba entre mis brazos y la cubría de besos, ella parecía olvidar. “Construiremos una casita con un jardín. Un manzano, un césped verde como tus ojos, un rosal y niños para que inunden con sus gritos esa felicidad”. Entonces, se apretaba contra mí como queriendo hacer realidad todo aquello. Lo más pronto posible. Me olvidaba de todo. Y cuando, tranquilos ya, me disponía a pedirle que se casara conmigo, ella miraba por la ventana. “Ya están aquí. Debo regresar. No puedo airarlos. Debo irme. Adios. Otro día estaré aquí. Entonces, posiblemente, me quede”.

Una tarde, cuando estábamos junto a la chimenea y el fuego de los tizones danzaba furiosamente, golpearon a la puerta. “No abras por el amor de Dios. No abras”. Su grito me espantó. Algo incontenible se agolpó en mi cuerpo. Algo como un acero misterioso que cortaba el aire.

“Hoy les dije que me quedaría. Que no te abandonaba. Que íbamos a construir una casa. Ellos no dijeron nada. Pero sé que algo horrible puede suceder”. Me levanté con la intención de despedirlos o golpearlos si fuese necesario. Sentí sus brazos alrededor de mis piernas. “No por favor. No abras la puerta.

Te lo suplico. No abras la puerta". Como petrificado, me quedé quieto. El terror se apoderó de mí. Debo confesarlo. Fui un cobarde. Ella se vistió y salió. "Adios, debo irme. Quizá nunca más te vuelva a ver. Es por tu bien. Sin embargo, deseo estar tanto a tu lado. Darte mi cariño en esas largas noches de tristeza. Adios".

La esperé un día, dos. Una semana, meses. No sé cuánto. La extrañaba. Estaba muy lejos, es cierto, pero la sentía junto a mí, conversando de nuestros proyectos. ¿Qué alegría tuvo cuando le regalé ese enorme oso! Parecía una niña bailando alrededor de la pieza. Yo la miraba todo arrobado. Era tan bella

—¡Qué vacío está todo sin ella! Nada tiene sentido. Debo ser valiente. O me enfrento a ellos o la pierdo para siempre. Debo decidir ahora. Ellos jamás la dejarán así sin más. Pero el terror llenaba mi cuerpo. ¿Qué poder tenían sobre mí y ella?

Decidí poner fin a esta situación. Estaba resuelto. La próxima vez abriré la puerta. Eso haré. Abriré y me enfrentaré a ellos. Suceda lo que suceda. Pero, ¿y ella? ¿Y sus súplicas? Al diablo. Yo estoy solo. Sin ella no soy nadie.

Toda la noche los esperé. Espié por la ventana. Pero nada. Creo que me dormí: "Amor, amor. Ya estoy aquí. He regresado". Era ella, más bella que nunca con su cuerpo perfecto y esa sonrisa tan amada. La apreté contra mí. No sé cuánto tiempo estuve así. Sólo me importaba ella. Sólo ella.

—"Han recibido tu mensaje. Te esperan. Al fin estaremos juntos. Ellos han deliberado y vienen por ti".

No entendía nada. Estaba conmigo. Ya mis días no estarán con sus interminables calendarios. Ya no estará helada la cama, ni la tristeza en mis ojos. Cuánto la amo. Ellos, parece, que la dejaron. Ella les habrá suplicado. Les habrá contado acerca de nuestro jardín.

"Te esperan. ¡Oh mi amor! Tenía tanto miedo por ti. Prefería perderte antes que enfrentarte con ellos. Vé, abre la puerta".

Sentí un escalofrío por la espalda. Un hielo corría por los poros de mi cuerpo. De nuevo el miedo. Es increíble. Un espanto de hundirse en algo que se espera pero que nunca llega. Estaban ahí, tras la puerta. Sólo bastaba un leve tirón y ya estaba todo. Mi brazo estaba paralizado. Una angustia incontenible. Ella me miró. Un destello cruzó velozmente por sus pupilas. Luego, tomó mi mano y la besó. "Sé que hemos deseado este instante. Ellos aguardan. Pero no puedo obli-garte. Te amo demasiado. Algún día, probablemente". Quise gritarle que me esperase, que abriera la puerta, que me iría con ellos. Ahora sí, estaba decidido).

\* \* \*

—¡Federico! ¡Federico! Despierta. Son las ocho.

(Se ha ido. Sé que volverá. Mañana abriré la puerta).

—Ahhh. Sí, ya te oí mujer.

(Mañana abriré la puerta. Ya lo tengo decidido. Mañana).

JORGE ANTONIO SALGADO S.

---

*PERPLEXILOQUIA*

*(Juegos barrocos)*

2) Maquinación escandalosa:

recibo al cartero

por la puerta delantera;

luego,

salgo por la trasera

ladrando en sus talones.

12) Dolorosamente bella,

se perdió

en la multitud.

*PATRICIO OYANEDER JARA.*

**VERTICE N° 4**

Directores: OYANEDER  
SALGADO

CORRESPONDENCIA: CASILLA 481  
CONCEPCION (CHILE)